

Las balas de la ira; el resentimiento apunta al corazón del sistema

"En los ojos de los hambrientos se ve un crecer de ira. En el alma de los pueblos, las uvas de la ira se están llenando y tomando peso, listas para la vendimia."

John Steinbeck, *Las uvas de la ira*

El asesinato de Brian Thompson, ese icono corporativo de UnitedHealthcare, ¿podría haber sido algo más que una coincidencia desafortunada? Imposible no preguntarse si este evento trágico no será, en realidad, el reflejo de un sistema que lleva décadas operando como una bomba de tiempo. Thompson, abatido frente a un Hilton en Manhattan, no cayó simplemente por una bala, sino por el peso de un sistema que hace agua por todos lados. ¿Qué clase de país convierte a su CEO de seguros más exitoso en una diana humana? Uno que prioriza ganancias sobre personas, claro está. Quizás, el mismo donde los discursos sobre "libertad" y "meritocracia" parecen tener más agujeros que las finanzas de quien intenta pagar su seguro médico.

El simbolismo aquí es demasiado jugoso para ignorarlo. No solo fueron disparos al cuerpo de un hombre, sino al alma de una nación que lleva años acumulando resentimiento contra compañías como UnitedHealthcare. Las redes sociales, siempre diligentes, no tardaron en bautizar las balas de 9 mm con inscripciones reveladoras: "negar", "defender" y "deponer". ¿Metáfora perfecta o artefacto de un guionista frustrado? Difícil decidir. Aunque claro, en un país donde los narradores oficiales siempre encuentran una forma de racionalizar lo irracional, quizás no sea casualidad que estas palabras sean el santo y seña de los seguros médicos. Ciertamente, la caída del CEO tiene una conexión no misteriosa con la caída del -15.11% del valor de sus acciones, diría cualquier analista del mercado de valores.

Modelo de negocio: negar, defender, deponer

Hablemos de Thompson, un personaje cuya figura ahora trasciende lo meramente humano para convertirse en el símbolo perfecto de las desigualdades estructurales del sistema de salud estadounidense. ¿Cuántos como él no han navegado las turbulentas aguas de la avaricia corporativa bajo el mantra de "el mercado se regula solo"? Pero claro, lo único que se regula solo aquí son los márgenes de ganancia. ¿Y el acceso a tratamientos médicos esenciales? Bueno, para eso están las cartas de rechazo, las deudas insalvables y las bancarrotas personales. No olvidemos que todo esto viene acompañado de discursos floridos sobre "innovación" y "liderazgo en la industria". ¿Liderazgo hacia dónde? Hacia una crisis humanitaria disfrazada de progreso, por supuesto.

¿Es posible que millones de estadounidenses hayan perdido a sus seres queridos porque alguien, en algún lugar, decidió que su vida no era rentable? Claro, pero tranquilos, que todo esto se hace “en nombre de la eficiencia económica”. La ironía no podría ser más cruel: el país con el sistema médico más avanzado es también el que deja a millones sin atención porque “no cumplen los requisitos”. Requisitos, por cierto, que parecen más propios de unos “juegos del hambre” que de un sistema pensado para salvar vidas.

La desconexión de las élites: ¿indiferencia o incompetencia?

Ah, las élites. Siempre dispuestas a justificar lo injustificable desde sus torres de marfil. En lugar de enfrentarse a las críticas con soluciones reales, se limitan a publicar comunicados de prensa insípidos y defensivos. ¿Será que no entienden el nivel de frustración que han sembrado? ¿O simplemente no les importa? Difícil saber qué es peor. La desconexión entre estas élites y las bases trabajadoras no solo es evidente, sino también alarmante. Mientras unos juegan con hojas de Excel, otros pierden sus casas y, peor aún, a sus familias por no poder costear un tratamiento.

Mientras tanto, las bases trabajadoras lidian con barreras insuperables para acceder a servicios médicos esenciales. ¿Qué tiene que decir el modelo económico neoliberal al respecto? Nada, salvo que, si estás enfermo y sin dinero, probablemente es porque no trabajaste lo suficiente. Claro, porque según esta lógica, el éxito es un billete de lotería que sólo los que “trabajan duro” pueden ganar. Aunque, paradójicamente, el único trabajo duro aquí parece ser sobrevivir a las reglas del juego.

El llamado a enfrentar lo ineludible

El asesinato de Thompson es mucho más que un simple caso policial. Es un espejo incómodo que refleja las fracturas de un sistema roto. Pero ¿cambiará algo? Probablemente no, al menos mientras la narrativa oficial siga siendo que “todo está bajo control”. Claro, porque nada grita más “control” que el asesinato público de un CEO como protesta simbólica.

Este caso debería ser un llamado urgente para abordar las desigualdades estructurales del modelo económico estadounidense. Pero no nos engañemos. Si estas tensiones no se enfrentan, ¿qué sigue? Quizás el día en que ya no sean CEOs, sino instituciones enteras, las que caigan bajo el fuego cruzado del descontento social. O peor aún, el momento en que los disparos ya no sean solo metáforas o actos aislados, sino parte de un movimiento que no pide permiso para ser escuchado.

Porque, al final del día, lo que este caso realmente refleja es la incapacidad de un sistema para atender las necesidades básicas de su gente. Y cuando esas necesidades

básicas se convierten en lujos inalcanzables, ¿qué queda por hacer, salvo protestar de las únicas formas que el sistema entiende?

La pregunta no es si el sistema puede cambiar, sino si quienes lo controlan estarán dispuestos a soltar las riendas antes de que sea demasiado tarde. Aunque claro, eso implicaría que realmente les importa algo más que sus propias ganancias, ¿no?

La polarización en el discurso público

El asesinato de Brian Thompson no solo expuso las tensiones estructurales de la sociedad estadounidense, sino que también desató una polarización intensa en el discurso público. ¿Quién iba a imaginar que tres balas en Manhattan podían reavivar los fuegos cruzados de las trincheras ideológicas? Este fenómeno quedó en evidencia con las reacciones de las figuras mediáticas conservadoras como Ben Shapiro y Matt Walsh, quienes, en un gesto predecible, condenaron enérgicamente lo que describieron como una celebración de la izquierda ante la muerte de Thompson. Claro, porque si algo necesita el debate público, es más histrionismo.

En sus respectivos episodios de podcast, pomposamente titulados “¡La malvada izquierda revolucionaria aplaude el asesinato!” y “Por qué la izquierda realmente está celebrando el asesinato de un director ejecutivo”, Shapiro y Walsh intentaron presentar el evento como un ejemplo de radicalismo ideológico. Sin embargo, las plataformas como YouTube se llenaron de comentarios de seguidores que, sorprendentemente, no solo criticaron sus opiniones, sino que también expresaron su descontento con el sistema de salud y las élites corporativas. ¿Un giro inesperado? No tanto, si consideramos que el discurso polarizador tiene fecha de caducidad cuando toca las fibras más sensibles de la vida cotidiana.

Comentarios como “*Soy republicano, voté por Trump, pero me doy de baja de Ben*” reflejan algo más profundo que un simple desencanto con el contenido mediático. Revelan la creciente fractura entre las figuras mediáticas conservadoras y una audiencia que comienza a reconocer que estos “líderes” tienen mucho más en común con los CEO que con los trabajadores promedio. ¿Quién lo habría pensado? Al parecer, no todos los seguidores se tragan el cuento de que los micrófonos y las páginas de opinión son armas de la resistencia. Y cuando la narrativa empieza a desgastarse, lo único que queda es el silencio de quienes antes aplaudían desde las gradas.

El desencanto con las élites mediáticas

Este descontento no surgió de la nada. Se nutre de una percepción de abandono por parte de las instituciones y las élites. Los seguidores que alguna vez encontraron en Shapiro y Walsh voces que representaban sus frustraciones políticas ahora los critican

por estar desconectados de las realidades de la clase trabajadora. Las críticas también incluyeron acusaciones de que “*ganan dinero generando odio y división*” y operan con un modelo de negocio que “*requiere que nosotros, la gente normal, nos odiamos unos a otros*”. ¿Será que este es el precio de ser un influencer ideológico en los tiempos modernos? ¿O es solo el costo de hacer negocios en un mercado donde la indignación vende más que las soluciones?

Las respuestas de los seguidores también reflejan una alienación profunda hacia la narrativa polarizadora. Muchas familias han experimentado de primera mano las fallas del sistema de salud, ya sea a través de la pérdida de seres queridos o la acumulación de deudas insostenibles debido a la falta de cobertura médica. En este contexto, el asesinato de Thompson no es solo un hecho aislado, sino un recordatorio brutal de las desigualdades estructurales. Pero claro, no esperemos que estas figuras mediáticas lo reconozcan; eso requeriría abandonar el libreto que los mantiene relevantes. Y si algo queda claro, es que nadie deja una narrativa lucrativa sin antes exprimirla hasta la última gota.

La ruptura de la narrativa polarizadora

¿Qué ocurre cuando la narrativa polarizadora ya no es suficiente para calmar las frustraciones de las bases? La respuesta parece estar en los comentarios que llenaron las redes: “*Recuerden, muchachos, Ben tiene más en común con ese CEO que con cualquiera de nosotros*” y “*El patrimonio neto de Ben ronda los 50.000.000 de dólares*”. Estas frases subrayan una verdad incómoda: aquellos que promueven la polarización también se benefician de ella.

El asesinato de Thompson también ha puesto de manifiesto la desconexión entre las élites y las bases trabajadoras, una brecha que se amplía con cada intento fallido de las figuras mediáticas por controlar la narrativa. Este evento demuestra que el resentimiento colectivo no se limita a una división partidista; más bien, es un reflejo de las desigualdades sistémicas que atraviesan todas las capas sociales. ¿Será que el sistema, tan ocupado en mantener las apariencias, finalmente se enfrenta a sus propios cimientos tambaleantes?

La narrativa polarizadora tiene una base real y concreta en las condiciones materiales de vida de las personas, pero también en lo simbólico: la autopercepción de que la mayoría son marginados por el sistema. Cambiar este relato no será tarea fácil. Implica transformaciones profundas en el sistema actual, algo que las élites parecen dispuestas a evitar a toda costa. Pero ¿qué pasa cuando el resentimiento ya no puede contenerse? Quizás este momento ofrezca la posibilidad única de movilizar esa frustración hacia algo más que simple indignación. Porque si la polarización es el

pegamento que mantiene unidas las grietas del sistema, ¿cómo se sostiene cuando las grietas se transforman en abismos?

El caso de Thompson subraya que las narrativas mediáticas polarizantes pueden fracturarse cuando son confrontadas con una realidad que atraviesa líneas partidistas. ¿La pregunta? Si esta fractura se convertirá en una grieta lo suficientemente grande como para provocar un cambio real, o si simplemente se sellará con otra capa de retórica conveniente. Lo que es seguro es que el espectáculo de estas narrativas sigue adelante, mientras las audiencias deciden si serán espectadores o protagonistas del cambio.

Hacia una narrativa de transformación

El asesinato de Brian Thompson y las tensiones desatadas por su muerte revelan una paradoja central en el movimiento que Trump logró movilizar: el despertar de la clase trabajadora. Porque, ¿qué podría salir mal cuando un líder populista incita a una masa social marginada contra las mismas élites que lo financian? Mientras su campaña se basó en la retórica de dar voz a los marginados y perjudicados por la globalización, este caso muestra cómo esa movilización puede volverse en contra de las élites financieras y empresariales que respaldan al presidente electo.

La clase trabajadora y los sectores empobrecidos que se sienten traicionados por un sistema que ha priorizado las ganancias corporativas sobre su bienestar han sido los principales motores del apoyo a Trump. Sin embargo, este caso expone una tensión inevitable: si el "gigante dormido" que representa esta masa social continúa despertando, su ira no solo se dirigirá hacia las élites liberales y globalistas que Trump ha denunciado, sino también hacia las élites conservadoras que respaldan políticas que perpetúan la desigualdad. ¿No es curioso que el mismo discurso que despertó al gigante ahora lo enfrente a sus creadores? Solo faltan líderes visionarios dispuestos a asumir el riesgo del liderazgo. Pero, claro, ¿quién quiere liderar un incendio que puede consumirlos a todos?

La traición percibida y las élites corporativas

Trump ha captado el resentimiento y la frustración de la clase trabajadora con su mensaje popular. Pero ¿no resulta irónico que muchas de las élites empresariales que lo apoyan encarnen los mismos problemas que generan esta indignación? Estas élites, con su desdén por el bienestar social y su defensa de un capitalismo financiero que acumula riqueza en pocas manos, parecen haber olvidado que el resentimiento social no discrimina entre liberales y conservadores. Casos como el de Thompson, con su

simbolismo de decisiones corporativas frías y calculadas, refuerzan la percepción de que estas élites han prosperado a costa del sufrimiento de millones.

Este caso no solo pone en evidencia las fallas del sistema, sino que también amenaza con cambiar la narrativa. Si bien Trump despertó a una masa descontenta, ¿podrá mantener el control de esta movilización a medida que las contradicciones dentro de su coalición popular y conservadora se vuelvan más evidentes? Las élites conservadoras, que han promovido por décadas la idea de que un gobierno reducido y un mercado libre son la panacea, pueden encontrarse ahora en el centro de las críticas. ¿Cómo podrán explicar que el mercado libre funciona mejor cuando ellos ya tienen todas las cartas?

El costo político de la movilización

El caso de Thompson muestra cómo la movilización de la clase trabajadora, lejos de estabilizarse, puede convertirse en un movimiento impredecible. La ira y el resentimiento acumulados contra las compañías de seguros médicos y sus prácticas está transformándose en una crítica más amplia hacia todo el sistema que las sustenta, incluidas las políticas neoconservadoras que han mantenido la desigualdad estructural. Este tipo de crítica, aunque inicialmente dirigida hacia sectores liberales, no discrimina entre las élites políticas y económicas. Todas ellas son vistas como cómplices de un sistema que ha fallado en proteger a quienes más lo necesitan.

El dilema es evidente: ¿hasta dónde pueden las élites conservadoras aliarse con esta base movilizada sin convertirse en sus próximas víctimas? Si el movimiento pierde su confianza en que figuras como Trump realmente representan un cambio, la polarización interna podría desencadenar un colapso de la coalición conservadora. Porque, claro, nada grita "unidad" como un movimiento que se devora a sí mismo.

Una oportunidad para redefinir el poder

El asesinato de Thompson, presuntamente por parte de Mangione, ha provocado reacciones extremadamente polarizadas en Internet. Los memes y publicaciones en redes sociales lo ensalzan, comparándolo con héroes como Robin Hood. ¿Es este el nuevo símbolo del descontento social? "*En esta casa, Luigi Mangione es un héroe, fin de la historia*", decía una publicación viral con millones de visitas.

El apoyo a Mangione se ha extendido a plataformas como Etsy y Amazon, donde se venden productos con lemas como "*Mommy's Little CEO Killer*" y "*Defend, Deny, Depose*". Una campaña de financiación colectiva recaudó \$40,000 tras ser eliminada de GoFundMe. Donantes comentaron: "*Para mi madre, víctima de la industria de seguros, gracias por su sacrificio. Que otros sigan sus pasos de valentía y justicia*".

¿Será que hemos llegado al punto donde la justicia social se imprime en tazas y camisetas?

Este momento también presenta una oportunidad única para reimaginar el papel de las élites y del sistema político. Si las demandas de la clase trabajadora se integran en políticas reales, podría evitarse un enfrentamiento directo entre las bases movilizadas y las élites. Pero, claro, ¿quién está dispuesto a renunciar a las comodidades del statu quo?

El dilema populista

La narrativa populista de Trump no puede sostenerse indefinidamente sin cambios estructurales. Este caso expone las profundas contradicciones entre un mensaje que apela a la clase trabajadora y políticas que benefician a las élites empresariales que lo respaldan. Si estas tensiones no se abordan, las consecuencias podrían ser devastadoras tanto para el movimiento como para el sistema político. ¿Acaso no faltan líderes valientes dispuestos a convertir esta rabia en una fuerza disruptiva?

Lo que queda por ver es si alguien tomará esta energía acumulada y la canalizará hacia un cambio significativo. Porque, al final, no hay nada más peligroso para las élites que una clase trabajadora que deja de creer en sus promesas vacías.